

---

## SECCIÓN CULTURAL

# IMAGEN DE JAPÓN EN LOS COMICS DE MÉXICO

GUILLERMO QUARTUCCI  
*El Colegio de México*

ANTES DE ENTRAR EN EL tema principal, una propuesta de análisis de la imagen de Japón en los comics mexicanos, quisiera tocar, de manera muy general, el problema mucho más amplio de la difusión de la imagen de Japón, así, a secas, en México, a través de distintos medios. Ante todo, debería referirme a la imagen que podría definirse como "oficial" y que por medio de actividades de difusión cultural en México, trata de dar el propio Japón: "semanas culturales" donde se repiten puntualmente demostraciones de ikebana, origami, ceremonia del té, ocasionalmente caligrafía, kendo, sumo, ciclos de cine clásico (como, por ejemplo, la docena de extraordinarias películas de Midzoguchi Kendyi, que nadie vio, pero que pertenecen a la historia pasada de Japón, todas anteriores a 1953), ciclos de cine moderno cuya selección no es demasiado atinada (por lo general, cine del *establishment*), etc. Con todo lo interesante que pueda resultar este material, no cubre, ni en la mínima parte, lo que es el Japón actual: una sociedad industrial avanzada con manifestaciones culturales cada vez más alejadas de la tradición y que plantea cuestiones de carácter universal, útiles para otros pueblos de la tierra. A la imagen "fossilizada" de Japón, no se le contrapone, en el ámbito mexicano, ninguna imagen alternativa —quizá por desconocimiento— que haga referencia a ese "otro" Japón, el de la década de los ochenta, donde ya casi han desaparecido las geishas y los samurai son sólo materia romántica de folletines televisivos o novelas por entregas, ese otro Japón que, por ejemplo, está produciendo una revolución en el mundo del entretenimiento (vía electrónica), alcanzando silenciosamente los rincones más apartados de la tierra (en México, los dibujos animados de la televisión, las máquinas de juego, los ra-

dios *walk-man*, los juguetes para niños, etc.). Un periódico, como por ejemplo *Excélsior*, a lo que más llega es a presentar en la Sección B largos y reiterativos artículos, también sobre ikebana, origami, ceremonia del té, visitas de japoneses a la Basílica de Guadalupe, notas de mexicanos que visitan Japón, que repiten lo ya conocido por todos, artículos del tipo "México y Nagoya, ciudades hermanas", y a veces, en la sección literaria, la enésima referencia al suicidio de Mishima (que aún no encuentra un analista serio en lengua española) o a la poesía jaiku. No menos parciales son las noticias que llegan a través de las agencias internacionales, referidas casi todas a cuestiones económicas y, lugar ya común, en una fecha determinada (el 6 de agosto), a las manifestaciones por la paz que se llevan a cabo en Japón en memoria de Hiroshima. Un profesor japonés que pasó un año en México, me comentaba sorprendido que en el libro de texto obligatorio que usaba uno de sus hijos en una escuela del D. F., había encontrado que la sección referente a Japón estaba ilustrada con un hombre tirando de un *ricksshaw* que transportaba una geisha, imagen que para un japonés actual resulta lo que para un mexicano el indio con sombrero que duerme a la sombra de un nopal.

Como bien se sabe, México, es, junto con Japón, uno de los países del mundo que figura a la cabeza en el consumo de comics. Frente a la profusión de títulos, no podían faltar historietas referidas a Japón, país "exótico" que desde hace más de cien años despierta la curiosidad de los occidentales. En 1976, por ejemplo, en la revista *Lágrimas, risas y amor* (la segunda publicación de comics en cuanto a número de lectores: 4 millones 800 mil ejemplares mensuales) apareció durante varios meses una historia muy exitosa: *El pecado de Oyuki*, refrido en forma de historieta de la inefable y nefasta Madame Crisantemo, escrita a fines del siglo pasado por Pierre Loti, que a su vez inspiró el personaje de Butterfly a Puccini y luego numerosos folletines populares, especialmente estadounidenses, del tipo de *Sayonara* y *El bárbaro y la geisha*, donde el lugar común consistía en enamorar a un guapo anglosajón rubio y de ojos azules con una sufrida y bella "japonesita" vestida de kimono. Hoy día, la misma editorial (Vid) está presentando *Samurai*, de la que ya han aparecido más de cincuenta números,

revista de una sola historieta que reproduce, con nula imaginación, la novela *Shogun* (variante estructural de las anteriores), con geishas, samurais, pasión, romance y violencia, centrados alrededor de la figura de un "bárbaro" inglés (John Barry), único sobreviviente de una expedición que anda merodeando por las costas de Japón. No analizaré ahora las divertidas incongruencias de todo tipo que plagan las páginas de esta historia, pero sí señalaré el hecho de que el número de ejemplares mensuales vendidos asciende a varios miles. La misma Editorial Vid, en otra de sus publicaciones que lleva como título *Lo mejor de lágrimas y risas*, incluye una historieta ambientada en Japón, cuya autora es la inefable Yolanda Vargas Dulché. Se trata de las andanzas de un marinero estadounidense (Johnny) por el Tokio actual, pero con la misma dosis de convencionalismo y prejuicio que caracterizaba a los primeros observadores occidentales en el siglo pasado (*cfr.* Pierre Loti). Vale la pena detenerse en las líneas primeras de *Amor en Oriente* (tal es el título del relato), del número 177 (20 de septiembre de 1983, p. 20):

En la casa de té los marinos recibieron extraña acogida que a Johnny no le satisfizo en absoluto. "Esto está muy aburrido".  
Y creció cuando a su lado se sentó una pequeña geisha de rostro de porcelana y voz tipluda, quien trató de halagarlo, bailando.  
El marinero deseaba buscar horizontes más interesantes y decidió marcharse; pero la japonesita se interpuso en su camino.  
"Tú no puedes ir".

Estas citas, que corresponden a las tres primeras viñetas, en su aparente inocencia muestran muy a las claras la convención y el prejuicio a que hago referencia más arriba; convención y prejuicio que sólo pueden ser producto de la ignorancia y que se vuelven peligrosos cuando se ponen en manos de la inmensa cantidad de lectores de comics mexicanos. He distinguido las palabras que ilustran mejor lo que quiero decir. La convención está en que el protagonista es un marinero estadounidense, que para colmo se llama Johnny, el cual, en su búsqueda de la eterna diversión que todo marinero se supone debe disfrutar (especialmente si es de Estados Unidos y se llama Johnny), va a dar a una casa de té y es atendido por una joven

geisha (la autora no puede imaginar otra situación para ambientar su relato en Japón). Pero esto es inofensivo si se lo compara con el prejuicio, en este caso racial y cultural, de que hace gala la historia. Describir a la muchacha como poseedora de un *rostro de porcelana* y una *voz tipluda*, además de usar el gentilicio en diminutivo (*japonesita*), una forma afectiva con que generalmente se encubre la discriminación (recuérdese el *indito*), son una muestra clara de mala fe. Lo mismo sucede con la reproducción de lo que la autora cree que ha de ser la forma de hablar de un japonés cuando no lo hace en su lengua ("Tú no *pueles il*"), donde el *il* (por *ir*) vaya y pase, pero nunca el *pueles* (por *puedes*). Más adelante, y en medio de una trama plagada de desatinos, se vuelve a arremeter con el arma del prejuicio, cuando se hacen nuevas referencias a la muchacha japonesa. Veamos:

"Pareces una figura de porcelana cuando bailas, pero francamente me pareces demasiado infantil". (p. 21)

Tomando suavemente por la cintura a la muchacha, Johnny la depositó sobre una mesa cercana como si fuera un bibelot. (p.21)

Allí estaba la pequeña geisha de pie, en un rincón, con las manos ocultas en el lujoso kimono y con la mirada clavada en los pies. (p.24)

Pero ella no se movía... Apenas si despegaba los labios llena de humildad, sin atreverse a levantar la vista. (p.27)

Con asombro Johnny vio cómo de los *oblicuos ojos* [!] de la japonesita rodaban diminutas lágrimas. (p. 28)

Y etcétera, etcétera. Ésta es toda la información que sobre Japón y la mujer japonesa actual recibe una gran mayoría de los mexicanos, y que obviamente no puede compaginar con los seiko, sony, citizen, datsun, canon, minolta y demás que por otro lado se han convertido en el pan nuestro de cada día en la jerga de esos mismos miles de jóvenes lectores.

En el número 1 226 de la *Novela Policiaca*, de julio de 1981 (350 mil ejemplares semanales, según cifras de 1976), aparece una historieta completa, *El sol samurai*, que en la portada

presenta un samurai blandiendo la espada, en segundo plano, y una muchacha japonesa, tipo *hostess* de bar de mala muerte, en primero. La ilustración no tiene mucho que ver con la historia, que se refiere más bien a un grupo de mafiosos japoneses modernos, emparentados con los *yakudza* del género policiaco japonés y de la serie *Mátame en...* (Ginza, Atami, Yoshiwara, etc.), publicada en español por Diana de México. Aquí la historia no se remonta al pasado, pero sí da una imagen de la "crueldad" japonesa muy próxima a la de las películas de Hollywood de los años cuarenta.

Una publicación de Editorial La Prensa, *Clásicos infantiles*, ofrece en su número 58 la leyenda en forma de comic, *La linterna japonesa*, donde se narran los orígenes no sólo de la lámpara de papel, sino también del abanico japonés. Este tipo de historia, dirigida a los niños, ya casi no se produce en Japón, donde en la actualidad lo que tiene éxito son las aventuras interplanetarias comandadas por héroes indestructibles, del tipo de *La batalla de los planetas*, que sí se vende en México, aunque todos ignoran que se trata de una historieta japonesa, o las almibaradas aventuras de Marco y Heidi, también producidas en Japón y profusamente distribuidas en México.

Por último, la popularidad del comics ha llevado a Televisa a publicar una *Historia del hombre*, donde no podía faltar un número dedicado a Japón. La forma de historieta no garantiza automáticamente la lectura, pero al margen de la polémica que podría levantar esta política editorial, es interesante destacar que en una de las viñetas, que presenta a tres samurais oyendo la lectura de un edicto, el celo del dibujante, que obviamente no sabía japonés, lo llevó a copiar, en aras del realismo y la autenticidad, en lo que a escrituras se refiere, ¡las instrucciones de uso y mantenimiento de una cámara fotográfica!, que conforman el texto de la proclama del *bakufu*.